

Tomás Imaz

EL LIBERALISMO ESPAÑOL

(y III)

La contradicción más aparente, la que más ruido produce en la prensa, en el Parlamento, e incluso, en las barricadas, a lo largo de la época que venimos examinando (1), es la que enfrenta a la oligarquía, por un lado, y a las capas medias de la burguesía y a sus aliados, los trabajadores, por otro. Pero la contradicción fundamental, la que va perfilándose desde 1840 y acaba manifestándose violentamente después, de 1868 a 1875, es la que enfrenta al proletariado y a las clases explotadoras. La lucha de los trabajadores no apunta ya sólo a la revolución democrático-burguesa, sino también a la revolución socialista.

Las luchas políticas

Los movimientos políticos, las sublevaciones, los pronunciamientos, las algaradas, etc., de ese período, que a primera vista ofrecen un aspecto caótico y absurdo, no son más que las convulsiones necesarias y lógicas que exigen la transformación de la base económica, que pasa de feudal a capitalista, y el nuevo ajuste dinámico de las clases en presencia. Significan, en primer lugar, el asalto de sucesivas oleadas burguesas a la ciudadela del Estado feudal; significan, después, los esfuerzos de las clases feudales para canalizar en su provecho esa invasión inevitable; ese asalto y esos esfuerzos van dando forma política al compromiso entre las clases que forman la oligarquía, hasta llegar a la constitución de un Estado que garantice el «orden» así establecido, un Estado que, por su contenido, es una de las dictaduras de clase más pura y eficaz del mundo moderno, independientemente de la forma — constitucional o no — que adopte. Más tarde, esas luchas políticas ponen de manifiesto también los esfuerzos de las capas medias de la burguesía para apoderarse del Estado y realizar la revolución democrático burguesa, bajo la bandera del partido demócrata-socialista (llamamos así al partido de Fernando Garrido y Sixto Cámara; durante este período, ese partido era demócrata, republicano y fourierista), y la participación, cada vez más importante y más definida, de la clase obrera en esas luchas.

(1) Véanse las dos primeras partes de este ensayo en los números 10 y 11 de nuestra revista.

Eso es lo esencial. Lo demás, por ruidoso que aparezca, es accesorio, no deja huella en la vida social, es flor de un día. Por ejemplo: la multiplicidad de partidos liberales, **moderados, exaltados, progresistas, unionistas, puritanos, centralistas**, etc., no son otra cosa que las diferentes etiquetas que, según las necesidades del momento, van adoptando los antiguos liberales para introducirse en la estructura feudal. Por ejemplo: la multiplicidad de «espadaones», los Esparteros, Narváez, Concha, O'Donnell, Serranos, etc., no son otra cosa que caudillos llevando a huestes burguesas liberales a la brecha de la muralla oligárquica. Hacia 1868, cuando tiene lugar el ensayo general de lo que luego, en 1875, será la Restauración, todo está a punto de terminar: la oligarquía ha conseguido establecer un poder «bipartidista»; los sistemas electoral y fiscal pueden garantizar el turno páfífico — O'Donnell-Narváez-O'Donnell — de dos bandos burgueses en el disfrute del país; el poder del Estado es lo bastante fuerte ya para mantener a raya al resto de los españoles, a la inmensa mayoría claro está. Entonces, el viejo liberal, septuagenario, con el pecho cubierto de condecoraciones, con título nobiliario y la bolsa bien repleta, puede dictaminar: «España es ya, gracias a Dios, definitivamente, un país moderno, constitucional, liberal y parlamentario». Y, a pesar de la revolución de 1868 a 1875, la Restauración que viene después parece dar la razón a nuestro liberal.

El drama, en cinco actos, se desarrolla así: 1833—1839. — Al principio, de 1833 a 1837, aún cabe esperar que los liberales hagan su revolución: la revolución democrático burguesa. La batalla entre el viejo orden feudal y la burguesía tiene lugar en dos frentes: el de la guerra civil contra los carlistas y el de la Corte de María Cristina. La guerra civil, sostenida por 300.000 soldados de quintas y 300.000 milicianos (es decir, la burguesía y los trabajadores urbanos armados), termina con el Convenio de Vergara, cuando las oligarquías vasco-navarras, ansiosas de participar en el banquete de la desamortización, abandonan a Don Carlos. Los combates en la Corte son más complicados. En 1834, la reacción ofrece su Estatuto, por el que 980 electores, en toda España, deberían elegir a los procuradores, entre personas que gozaran de 12.000 reales de renta territorial, renta que ni siquiera el propio Martínez de la Rosa, patrocinador del Estatuto, podía reunir. Al mismo tiempo, esa reacción, asustada ante la posible revolución que sobrevendría después de una victoria popular sobre el carlismo, trata de que la Cuadruple Alianza — Luis Felipe, en la práctica — termine con D. Carlos. En 1835, el pueblo impone a los **progresistas** y mata a algunos frailes. María Cristina, a su vez, impone otro gobierno **moderado**. Los sargentos de la Granja obligan a la Reina a firmar la Constitución de 1812. Gobierno Mendizabal: desamortización. Aquí, en este punto y hora, los liberales dejan de ser un partido progresivo, se convierten en un partido reaccionario; como dice muy bien Garrido, en el momento en que empiezan a llamarse «progresistas», se hacen conservadores. Cuando los liberales tenían en sus manos el poder, 300.000 ciudadanos armados, vigente la ley municipal de 1821 — que hubiera podido orientar democráticamente el particularismo local — y proclamada de modo revolucionario la Constitución de 1812, los **progresistas** renuncian a la revolución democrático burguesa; abrazan la Constitución de 1837, que otorga a la Reina el veto, el poder de disolver el parlamento y que quita al pueblo el sufragio universal. ¿Conducta inexplicable? No, nada de eso: es que ha empezado la digestión de la primera desamortización. Aquí, en este punto y hora también, lo que aún queda de progresivo en la burguesía deja de ser «liberal»: surge el partido demócrata-socialista (republicano) que fundan algunos **progresistas** honestos, como Lorenzo Calvo de Rosas, Lorenzo Calvo y Mateo, el Conde

de las Navas y casi toda la juventud **progresista**. Ha pasado la hora del liberalismo político, al menos del liberalismo revolucionario. De 1837 a 1839, Cristina, utilizando su Constitución, vuelve a imponer los **moderados**, que intentan paralizar la venta de bienes eclesiásticos. Sublevación **progresista** de 1840: Cristina se exilia y Espartero queda como Regente.

1840—1843. — Dictadura de Espartero. Se consolidan las posiciones burguesas en la oligarquía, pero en beneficio de los esparteristas principalmente. Se inician los buenos negocios; se amplían las inversiones de capital inglés. Los otros grupos conspiran — en París: M^a. Cristina, Luis Felipe, el Papa; en el interior: todas las demás camarillas y sus generales—, se impacientan, temen llegar tarde al reparto del botín. Espartero y sus «ayacuchos» vigilan los movimientos de esas camarillas, pero no pueden dedicarles la atención ni la energía necesarias: sus enemigos principales son los demócratas burgueses, que aumentan y se organizan, y sus aliados, los trabajadores. Las provincias sublevadas para imponer a Espartero, habían pedido la constitución de una Junta Central, donde estuvieran representadas las Juntas Provinciales revolucionarias. Esa Junta Central será el objetivo fundamental de los demócratas para instaurar la República. Existen ya 3 periódicos republicanos en Madrid; 12, en el resto de España. El programa del partido demócrata es el siguiente: supresión del trono; gobierno formado por una Junta Central, con un representante por provincia; reducción del presupuesto, supresión de estancos (monopolios del Estado), supresión de las contribuciones indirectas; reducción de sueldos hasta un máximo de 40.000 reales, elevación de sueldos a un mínimo de 6.000(1); abolición del servicio militar obligatorio (lo sustituiría la Milicia Nacional), inmovilidad judicial, establecimiento del jurado en todas las instancias; instrucción primaria universal, gratuita y obligatoria; libertad de imprenta, de religión, de reunión y asociación; reparto a los jornaleros de las tierras del Estado. En 1842, cuando se cree que van a abolirse los derechos arancelarios para los textiles ingleses, estalla una sublevación democrática en Barcelona; Espartero no vacila en bombardear la ciudad, a pesar de que, ante intenciones reaccionarias, se habla mostrado tolerante. Por fin, acosado por carlistas, moderados, progresistas no «ayacuchos», centralistas, etc. — las otras camarillas — y demócratas republicanos, Espartero cae. Se exilia a Inglaterra, donde goza de la hospitalidad de la Reina Victoria y de la alta sociedad inglesa.

1843—1854. — Dictadura moderada. Se amplía la base de la oligarquía y se procura consolidar el compromiso de clases (suspensión de ventas de bienes de la Iglesia, Concordato de 1851, amnistía para los esparteristas y el propio Espartero, etc.) Al mismo tiempo, se procura ir configurando una máquina estatal apta para la nueva situación: nueva Constitución, la de 1845; se disuelve la Milicia Nacional; en cambio, se crea la Guardia Civil, institución que por sí sola nos ahorra comentarlos; se suprime la ley municipal democrática, de ahora en adelante los alcaldes serán nombrados por la Corona; se establece una férrea censura; el ejército es depurado de mandos radicales; se conceden cargos militares y civiles a los antiguos carlistas; Mon establece una reforma fiscal, centralizadora, moderna, europea, instrumento delicado para prefabricar resultados electorales además. La revolución europea de 1848 puede dar al traste con ese sistema tan laboriosamente organizado, pero Narváez prevé a tiempo su repercusión en España: fusila, deporta. Aparecen los nuevos partidos de orden: los neocatólicos de Donoso Cortés, los moderados de Narváez, Martínez de la Rosa (que parece inmortal) y el Duque de Rivas, la Unión Liberal, lo que queda de los antiguos pro-

(1) Sueldos anuales. Compárense con los jornales — diarios — obreros.

gresistas ya domesticados. En esta época se crean 40 tenientes generales, 95 mariscales de campo, 250 brigadieres, 9 duques, 35 marqueses, 38 condes; los jóvenes arrivistas se hacen del OPUS . . ., digo, moderados. La prensa va muriendo a fuerza de censuras, depósitos previos y multas desorbitadas. Al final, lo que termina con los reaccionarios es el agotamiento de su filón económico: la poca riqueza disponible llega a ser patrimonio de Muñoz, Salamanca y Sartorius. Contra ellos se levantan los demócratas, y los aspirantes a oligarcas que llevan demasiado tiempo alejados de las fuentes de la acumulación capitalista. Ah, Isabel II es ya reina, pero el detalle carece de importancia.

1854—1856. — Es la revolución que estudia Marx en su obra *Revolución en España*. Se restablece la Milicia Nacional. Las fuerzas decisivas de esa revolución han sido los demócratas-socialistas y los trabajadores; pero los que ocupan el poder son dos símbolos, Espartero y O'Donnell, en quienes se unen antiguos moderados y antiguos progresistas. Los símbolos protegen a Cristina y empieza la contrarrevolución. Es la Unión Liberal. En el parlamento se arma gran alboroto sobre la cuestión religiosa; pero eso es lo de menos; según se puede comprobar, de 1812 a 1856, las Constituciones más tolerantes en cuestión de libertad de cultos, son las más reaccionarias en todo lo demás. Lo importante es la segunda desamortización; en cuanto se realiza, los « liberales avanzados » son expulsados del poder. Los progresistas se hunden definitivamente: los logreros, los arrivistas se hacen moderados; los honestos se incorporan al partido demócrata-socialista.

1856—1868. — Dictadura de O'Donnell y su Unión Liberal. Dictadura moderada de Narváez. Vuelve a disolverse, definitivamente ya, la Milicia Nacional. El Estado « moderno », « europeo » se cree con fuerzas para iniciar una expansión imperialista gratuita: guerra contra Marruecos, controlada por Francia e Inglaterra; expediciones ridículas a Santo Domingo, a México, a Cochinchina. Cae O'Donnell, sube Narváez; cae Narváez, sube O'Donnell: los negocios siguen. ¿ Es el « bipartidismo » soñado, la equiparación con la admirada Inglaterra liberal?

Sobre el telón del drama puede leerse: *Revolución de 1868*.

Muerte y resurrección de la ideología liberal

Después de todo lo anterior, casi no es necesario decir que la ideología liberal se ha esfumado por completo. Pero en el proceso de su desvanecimiento ha seguido las tendencias que ya apuntaban en el período anterior: a) ha seguido extranjerizándose, a través del doctrinarismo y el eclecticismo francés de los moderados y a través del utilitarismo y el librecambismo inglés (Bentham, Stuart Mill) de los progresistas. Para ser justos, diremos que el librecambismo esta vez sí tiene sentido, aunque siga siendo una teoría perniciosa para los intereses nacionales: tiene sentido porque refleja los deseos de la oligarquía central — a quien le es indiferente la suerte de la industria nacional —, de obtener mercancías baratas, a costa de lo que sea, aun a costa de hacer de España un país dependiente. Pero la extranjerización ya no es patrimonio exclusivo de las ideas liberales. También se extranjeriza — ¡quién lo iba a decir! — el pensamiento tradicional reaccionario; al hacerse « moderno » el país, ese pensamiento envejece incluso para los mismos reaccionarios, que tratan de vivificarlo con la escuela teocrática francesa de De Maistre y De Bonald: es la ideología de los neocatólicos de Donoso Cortés, en el ala derecha de la oligarquía. b) La base teórica del pensamiento liberal, casi sin excepción, es el *eclecticismo*. La voracidad de la oligarquía se manifiesta aquí también; estamos seguros de que habrá muy pocos grupos sociales que

hayan sacado tan bien el jugo a una filosofía tan poco importante, tan efímera. El eclecticismo, es un idealismo francés que pretende conjugar el racionalismo de Descartes con Schelling y Hegel; es, fundamentalmente, una reacción contra el materialismo francés. Antes de existir la cátedra de filosofía en la Universidad, en la escuela particular madrileña de filosofía del Doctor D. Jaime M. Delgado, éste explicaba las doctrinas de Cousin. El eclecticismo permite a los liberales abandonar el materialismo, el radicalismo y conservar la base mínima de confianza en la razón que es necesaria para pensar; permite justificar todas las deserciones, todos los compromisos, todas las soluciones falsas frente a las contradicciones. Eclécticas llegan a ser todas las tendencias liberales, aun después de haberse borrado de la memoria qué es eso de eclecticismo. c) En cambio, en este período, los liberales (1) se reconcilian con la práctica: aprenden la técnica de los negocios y el arte de gobernar, pero nada de esto se refleja en su ideología, a no ser la intensificación del empirismo vulgar. d) El conservadurismo del período anterior se intensifica, claro es; Incluso ahora es un conservadurismo plenamente justificado, pues los liberales tienen mucho que conservar. En resumen: por estos vericuetos teóricos y empíricos se pierde para siempre la ideología revolucionaria liberal.

Lo que aún quedaba de útil y de revolucionario en el pensamiento liberal pasa al partido demócrata-socialista, por lo menos, en los primeros años de existencia de este partido, cuando todavía es el partido de la burguesía democrática y revolucionaria y de los obreros, el partido de Fernando Garrido, Sixto Cámara, R. M^a. Baralt, Nemesio Fernandez Cuesta y Pi y Margall, es decir: el partido demócrata antes de hacerse autonómico (2), como dice Valera. La burguesía democrática, que ha sustituido a la burguesía liberal, como capa progresiva; su partido, centralizado y combativo, que ha sustituido al partido progresista, como fuerza revolucionaria, poseen una ideología propia, que barre también la antigua ideología progresiva liberal; esta nueva ideología saca así las consecuencias justas de la experiencia liberal:

« Desgraciadamente España careció en 1823 de hombres del nervio, de la fe y de la capacidad política que ilustraron a los grandes revolucionarios franceses de 1792 y 93, y la libertad se perdió en España, y acaso no triunfó en toda Europa en aquella célebre época porque ni masones ni comuneros comprendieron que no era posible salvar la libertad sin interesar directa e indirectamente en su sostenimiento a las grandes masas populares que en la mayoría del país estaban dominadas por ambos cleros, poseedores de una parte considerable de la propiedad territorial y urbana. »

« La repartición de los bienes de ambos cleros, de parte de los de propios, de los mostrencos, de los de la corona y de otros pertenecientes al Estado, cuyo valor no bajaba entonces de siete mil millones, entre las seiscientas mil familias de arrendatarios y labradores pobres, de artesanos y proletarios en cambio de un canon, amortizable en sesenta años, hubiera bastado para hacer imposible la calda del sistema constitucional, aunque se hubieran colgado contra él todos los déspotas del mundo. »

« Un título de propiedad y un fusil puesto en manos de cada uno de los seiscientos mil desheredados de la fortuna que hablan hasta entonces trabajado para mantener en la holganza centenares de millares de frailes y de parásitos de

(1) Los « miembros activos » de la clase, no los intelectuales.

(2) La nota en la otra página.

toda especie, hubieran sido el baluarte contra el que se hubieran estrellado las maquinaciones de Fernando, de frailes y curas, de la diplomacia, de los déspotas del Norte y todas las bayonetas del duque de Angulema ».

« La historia de todas las naciones nos muestra que las revoluciones políticas no se han sostenido sino cuando han ido acompañadas de revoluciones económicas y sociales. Cuando éstas se han llevado a cabo las reacciones son imposibles o efímeras, y en el fondo las revoluciones sociales consisten en su faz económica, que es la más importante, en la absorción de la propiedad de las clases vencidas a las vencedoras. Inglaterra, Francia, España, son ejemplos vivos de esta verdad, y si los revolucionarios de 1820 hubieran tenido conciencia de ella, habrían consolidado su poder y ahorrado a España la calamitosa, vergonzosa y humillante década que siguió al segundo ensayo del régimen representativo ». (*La España Contemporánea*. — F. Garrido)

Esta ideología no nos interesa ahora más que para señalar que es la heredera de todo el contenido progresivo que subsistía aún en el liberalismo. Su materialismo y su socialismo son extranjeros también: proceden del socialismo utópico francés, sobre todo de Fourier.

El viejo liberalismo ha perdido hasta el nombre, porque los partidos que después se llaman « liberales », no hacen más que colocarse esa etiqueta sobre su contenido oligarca y reaccionario, como el partido de Sagasta, durante la restauración, o el del Conde de Romanones, el Marqués de Alhucemas y Alcalá Zamora, en 1920, por ejemplo. « Liberal » quiere decir en esos casos « partido de oposición », mientras que « conservador » viene a ser « partido gobernante », como si lo que hubiera que « liberar » o « conservar » fuera la sinecure del poder.

Sin embargo, el liberalismo, nueva Ave Fénix, renace de sus propias cenizas. Don Juan Valera, diplomático de la oligarquía, novelista, poeta, crítico, etc., escribía en 1862, polemizando muy finamente con el Padre Sánchez: « Los absolutistas han creído, o supuesto creer, ya que nuestros encomios proveyan de que el Sr. Sánchez se habla hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese a nuestro partido ». Y, después, : « Si el Sr. Sánchez no nos creyese ímpios, el Sr. Sánchez sería liberal como nosotros ». (*El Papa y los gobiernos populares*. — Juan Valera) ¿Qué tiene que ver ese « liberalismo » y ese « partido », con las ideologías y los partidos políticos concretos que existen en España? Por supuesto, nada. El mismo Valera, un año después, sintetiza los partidos existentes y sus ideologías: « hay dos (partidos) que se han quedado atrasadísimos. Es el uno, y esto es natural, el absolutista, el del antiguo régimen; y es el otro, por más que parezca extraño, el partido progresista » . . . « La filosofía del uno sigue siendo, aunque lo niegue, el enciclopedismo francés; la del otro, la frailuna de los Padres Valcárcel, Ceballos y Filósofo rancio. En economía política defienden ambos partidos, salvo raras y honrosas excepciones, el sistema prohibitivo y proteccionista. En religión son ambos intolerantes (1), empeñándose el uno en que, si es posible, vuelva la Inquisición y deseando el otro imponer por

(1) « Auténtico » quiere decir liberado de la contaminación socialista utópica, liberación que entonces (1862) se inicia, como tendencia disgregadora, en el seno del partido demócrata. Posteriormente, al diferenciarse claramente sus componentes burgués y proletario, en el proceso de la lucha revolucionaria de 1868 a 1876, la ideología de este partido se bifurca en dos corrientes: la proletaria, la ideología del socialismo internacionalista y la pequeña burguesa. Esta ideología pequeña burguesa, después de la primera República, abandona su base filosófica materialista, abandona el racionalismo, el positivismo, el radicalismo, y se convierte en el famoso krausismo, que, en ciertos momentos, llega a confundirse con el liberalismo intelectual. En el mismo Valera, puede estudiarse la transición-confusión: liberalismo-krausismo.

fuerza la libertad de cultos» ... «Ambos son también democráticos a su modo. El absolutista es como el procurador de los pobres, y quisiera restablecer aquel socialismo grosero, que ya se hundió para siempre; la tasa, la amortización, los bienes extensísimos de de propios, la sopa de los conventos, la prohibición de acotar y roturar tierras. El progresista sueña y se deleita aún con la Institución de la Milicia nacional, y quisieran que los ciudadanos anduviesen armados, como los bárbaros de las edades primitivas».

«Al lado de estos partidos, que representan aún la España de hace cuarenta años, hay otros dos partidos extremos, que representan la España de hoy, que son un progreso, aunque no diremos si benéfico o dañino. Hablamos del partido democrático **autonómico** y de los neocatólicos o neo-absolutistas, que de ambos modos pueden y suelen llamarse. Estos dos partidos están a la altura del movimiento intelectual de Europa, se hacen cargo de todos los problemas sociales y políticos que agitan hoy al mundo, y se esfuerzan por resolverlos. Entretanto, el partido liberal conservador (la Unión Liberal.-T. I.), el partido del justo medio ... ha tenido que salirse de entre los dos partidos antiguos ... que ya tienen corta significación en la esfera intelectual, y ha tenido que adelantarse y que venir a ponerse entre estos dos partidos nuevos, para servirles como de árbitro ...» (Discursos de **González Bravo** y **Nocedal** ... Juan Valera).

¿Será ese partido, el «liberal conservador», el partido de Valera? No sabemos si Valera pertenecía a la Unión Liberal de O'Donnell, que es el partido aludido, pero eso es lo de menos: el liberalismo de Valera es un liberalismo nuevo, que tiene poco que ver con los partidos políticos de 1862. Es el liberalismo intelectual, «ese más amplio contexto liberal ... que responde mayormente a un estado de espíritu que a un programa de partido», de que habla Baeza en su artículo de INDICE. El propio Valera, en su artículo ya citado, **El Papa** ..., nos caracteriza ese liberalismo: «Crea el Sr. Sánchez que el bueno y legítimo liberalismo no es más que la doctrina del Evangelio aplicada a la política ...» Y, en otro artículo, **La política de «El Contemporáneo»**, Valera nos informa de la nueva importación del pensamiento burgués español: «Ahora bien: si se podía ser aristotélico, platónico y estoico, sin dejar de ser cristiano y hasta siendo sacerdote, ¿por qué, sin renegar de la santa religión de Jesucristo, no se ha de seguir a Kant, a Hegel, a Fichte o Krause?»

Antes de analizar ese liberalismo intelectual, detengámonos un momento para rendir justicia a tres grandes liberales, que no merecen entrar en el mismo saco que los demás, sino figurar, junto a sus antepasados del siglo XVIII, en la gloriosa tradición del pensamiento progresivo español.

En los años que van de 1833 a 1840, cuando aún es posible que los liberales, pese a todo, realicen la revolución democrático burguesa, y concretamente en 1836, una serie de artículos periodísticos unen en un objetivo común a tres mentalidades extraordinarias: Flórez Estrada, Larra y Espronceda. Se trata de la lucha que Flórez Estrada emprende para conseguir que la tierra entonces desamortizada pase en arriendo a las masas campesinas; Espronceda le apoya con su folleto, **El ministerio Mendizabal**, y Larra comenta entusiasmado ese folleto.

(1) Entre paréntesis, obtérese cómo Valera, liberal intelectual, hace equivalente la intolerancia de querer restablecer la inquisición con la «intolerancia» de querer imponer, aunque sea por la fuerza, la libertad de cultos. Esto es importantísimo. Es neutralismo formal y abstracto, que es en el fondo un refuerzo para la reacción, es una constancia del pensamiento burgués que hemos llamado liberalismo intelectual, de Valera a Marañón.

Un economista, un gran escritor y un gran poeta, coinciden en « comprometerse », como se diría hoy, ante una cuestión capital para el futuro de España. Esa coincidencia es todo un símbolo. Marca un hito en la historia del pensamiento español: hasta ese momento, como sabemos, todo se puede esperar de la España moderna; a partir de él, se habrán jugado ya todas las cartas. La tragedia que entonces ocurre es una maravillosa lección que deberíamos meditar todos los españoles; sobre todo, los españoles que, desorientados por el pensamiento burgués posterior, oscilan entre creer, con sinceridad, que somos un pueblo incapaz de hacer ciencia, pensar seriamente y continuar en nuestros días el Siglo de Oro de la literatura nacional, por un lado, y creer, por otro, cayendo en el chovinismo, que es ciencia, pensamiento serio y literatura de altura lo que se sirve con tal nombre, previamente pintado con la purpurina académica oficial. Esta lección nos enseña, sobre todo, que no basta con que haya personalidades geniales; que los individuos, por grandes que sean, están limitados por las condiciones objetivas de la sociedad en que viven; que los grandes hombres no pueden desplegar todas sus energías creadoras a contrapelo de la historia. De la misma manera que el anormal desarrollo de la base económica, y el régimen oligárquico que es su consecuencia, impidió la existencia de la ciencia y de la técnica nacionales (salvo las honrosas excepciones que confirman la regla), la formación social que salló de todo ello impidió el florecimiento de una economía, el una ideología, el de una literatura nacionales, esto es, originales, con grandeza, progresivas, populares. El fracaso de los liberales en su misión revolucionaria hundió en el olvido a Flórez Estrada y limitó, empujándolo, cortó las alas a dos torrentes: Larra y Espronceda (1). Y no sólo en su obra personal que está ahí, a pesar de los liberales, y que nosotros, los comunistas, nos encargaremos de dar a conocer a nuestro pueblo íntegro, ímplamente, sin el polvo que sobre ella ha acumulado la crítica burguesa y reaccionaria. La responsabilidad más grave que recae sobre los liberales es que, con su fracaso, impiden que Flórez Estrada, Larra y Espronceda tengan discípulos, formen escuela, inicien un período de esplendor para la cultura española: el período que hubiera correspondido a una formación social salida de una verdadera revolución democrático burguesa. Hoy, los tres, son tres rocas gigantes, sobre la plana charca de la cultura burguesa de la primera mitad del siglo XIX. Los escritores que vienen después, o son pigmeos al lado de éstos, o, si son grandes — como Galdós, Costa, Unamuno, etc. — no saben qué hacer con su grandeza en una sociedad mezquina y disuelven su genio en toda la ruindad ideológica que heredan del inmediato pasado.

Flórez Estrada. — Es probable que, con Flórez Estrada, se malograra la posibilidad de que surgiera en España un pensamiento socialista científico. Costa, al hablar de la escuela sociológica española, apunta, como ya sabemos, que « habría podido desembocar siglos adelante en un Lasalle, en un Ketteler, en un

[1] Hoy, cuando se empieza a revalorizar a Larra — y no por casualidad, sino porque, de nuevo, otra clase revolucionaria, con sus luchas, con su objetivo de una nueva sociedad, exige una literatura con contenido ideológico, político, « comprometida » como se suele decir. Otra revalorización, por esos motivos, es la de Campoamor, que a mí no me gusta, pero que, de todos, modos, es un poeta con contenido ideológico consciente —, hoy, repetimos, circula el siguiente juicio: « Es que aquella [generación] se preocupó mucho por los problemas de España ». Larra, Espronceda, tenían en 1836, 37 y 38 años, respectivamente; pero Flórez Estrada tenía 60. No, no es que, de repente, sin saber por qué, una « generación » cambie de frente ideológico. Las generaciones posteriores, por lo que se refiere a la intelectualidad, desde 1830 a 1900, se dejaron acunar por el liberalismo intelectual. Los cambios ideológicos de las generaciones coinciden con los momentos críticos en los que se modifica la base económica de la sociedad o cuando sus contradicciones se convierten en conflicto, como en 1836, 1848, 1898, 1936, 1956 ... El análisis de los cambios económicos y sociales concretos que coinciden con los cambios de las ideas más generalizadas en una estructura social determinada, nos explicará mejor las transformaciones ideológicas que esa fatigosa bitáquea de partidas de nacimiento determinadas, esas tablas cronológicas más o menos forzadas y la asimilación arbitraria de « genialidades » que tienen poco que ver entre sí.

Marx o en un Schaeffle, si bien naturalmente de modo español»; pero, al hablar de Flórez Estrada, último representante de tal escuela, esa posibilidad se concreta, y Costa dice: «De la misma teoría de Smith (Adam Smith), que sirve de punto de partida a Flórez Estrada para fundar su sistema colectivista, dedujo el suyo treinta años después el famoso Karl Marx» (*Colectivismo agrario*. — Joaquín Costa. — pág. 15. Nota). Pero entre Flórez Estrada y Marx hay más puntos de coincidencia. No sólo Adam Smith, como dice Costa, sino toda la economía política inglesa, el materialismo francés del siglo XVIII y sus herederos del socialismo utópico francés — que tanto intervinieron en la ideología burguesa democrática de la España posterior — y la filosofía clásica alemana son las tres fuentes ideológicas del marxismo, como todo el mundo sabe. Flórez Estrada, economista profesional, conocía bien la economía inglesa — había estado emigrado en Inglaterra y allí escribió casi todas sus obras —; conocía bien el materialismo del XVIII y, aunque no admitía las ideas socialistas y comunistas entonces conocidas, nada nos autoriza a suponer que no hubiera acabado admitiéndolas como los demás progresistas que formaron el partido demócrata-socialista; lo que no pudo conocer fue la dialéctica hegeliana, es cierto, y sin ella era imposible llegar al rigor científico de Marx. Por otro lado, Flórez Estrada era un viejo liberal (nació en 1770), nostálgico del reformismo de los Aranda, Campomanes, etc. y su pensamiento nunca fue radical, revolucionario, como el de Marx; pero, en las dos emigraciones, habla sabido conservar aquel materialismo vergonzante y aquellas ideas socialistas que fueron la esencia del pensamiento liberal en sus orígenes y, como 1836 ya no era 1812, cabe suponer que, en las nuevas contradicciones a que se vio sometida la sociedad española, de 1836 a 1852, fecha de la muerte de nuestro economista, el pensamiento de éste se hubiera radicalizado. Porque, y esta es otra coincidencia, las condiciones de la sociedad alemana donde surge el marxismo, con un desarrollo capitalista tardío, con las contradicciones entre proletariado y burguesía a un nivel ya muy alto, tenían cierta semejanza con las condiciones de la sociedad española de 1840 y años posteriores, y este hecho no hubiera dejado de repercutir en el mismo sentido que repercutió en Alemania: haciendo posible el socialismo científico. En fin, indicamos esta posibilidad, con todas las reservas que puede imaginarse, porque es una posibilidad radiante.

En su *Curso de Economía* (1828) y en su apéndice *La Cuestión Social* (1839), Flórez Estrada se declara partidario de la propiedad privada. Pero, para él, la propiedad es, en primer lugar, lo que el hombre adquiere con su trabajo. Sobre esa base, la propiedad privada de la tierra es contraria a la naturaleza. Por haberse apoderado de la tierra algunos individuos, la inmensa mayoría de los hombres no pueden trabajar y los que trabajan no obtienen la recompensa total de su esfuerzo: éste es el origen de todas las luchas sociales. (No se olvide que el campesino era el trabajador típico de la época). Las discordias sociales tienen su origen en la miseria de las masas trabajadoras, que se ven privadas legalmente del fruto de lo que ellas mismas producen. Mientras que el trabajador no disfrute del fruto íntegro de su trabajo, el derecho de propiedad será una falacia. Adam Smith, que descubrió que el trabajo es el origen de la riqueza, no sacó las consecuencias de su descubrimiento. Si una minoría se apropia de la tierra, la mayoría se ve condenada al hambre o a pagar una renta al propietario, con lo que tiene que repartir con una clase ociosa lo que no es más que fruto de su trabajo. (¿No está ahí, apuntando, la plusvalía?) Hay que nacionalizar la tierra, previa indemnización, y distribuirla, en arriendo, entre los que la cultivan, limitándose la extensión de las fincas a lo que pueda trabajar una familia campesina. A pesar de su moderación,

muchos vieron en esta teoría, como dice el propio Flórez Estrada, « una tea que amenazaba destruir los cimientos más firmes de la sociedad ».

Con motivo de la desamortización, el economista asturiano combatió en el Parlamento y en la prensa por la puesta en práctica de sus teorías: « los bienes nacionales rústicos se darían a censo enfiteútico a los colonos del clero, por un canon igual a la renta en que los hablan llevado en arriendo ». Con ocasión de esa polémica, expresó ideas políticas tan justas como éstas, que no se diferencian en nada de las de los demócratas-socialistas que por entonces aparecieron: « sin crear intereses materiales en favor de las grandes masas de cultivadores cuya suerte en el día es tan desgraciada, en vano esperaremos que triunfe la causa de la libertad . . . »; « antes de establecer las reformas políticas, es indispensable fijar las bases sociales ». Condenó el procedimiento en que se habla de hacer la desamortización: su finalidad no era otra que la de convertir en propietaria a una clase ociosa; sus consecuencias, además de la ociosidad, la mendicidad y el crimen.

Flórez Estrada, diputado progresista en las Cortes de 1836, sometió sus propuestas a esas Cortes. Sólo obtuvo 15 votos a favor. Su desengaño fue tan grande, que abandonando la política, se refugió en Grado, Asturias, donde murió. No después, sino ya en 1836, ¿qué podía hacer un hombre como él en medio de la banda burguesa liberal dispuesta a convertirse en oligarquía? Nada. Y, sin embargo, sus ideas (recuérdese lo que se dijo con ocasión del Memorial Ajustado), de haberse llevado a la práctica, hubieran puesto a España en el camino del progreso y de la democracia y, además, al concretarse en la realidad objetiva, hubieran hecho posible, con Flórez Estrada o sus continuadores, un pensamiento económico y político vigoroso, científico y, sobre todo, español.

Larra. — Detenerse a recordar a Larra pudiera parecer superfluo. Casi todo el mundo sabe lo del « pistoletazo romántico », que puso fin a su vida; casi todos hemos leído *El castellano viejo*, la obra que parecen preferir los fabricantes de antologías y los profesores de literatura. Además, con Larra, entramos en un terreno muy resbaladizo, el terreno literario, un terreno muy sujeto todavía a lo que la crítica francesa llama « impresionismo », o dicho de otro modo, al subjetivismo.

Pero no hay más remedio que decir que Larra ha sido nuestro escritor más politizado, más « comprometido », frente a los problemas económicos, sociales y políticos de su tiempo, el más tendencioso, que, como puede leerse en *Clarín*, no significa más que « escritor con tendencia »; y, también, no hay más remedio que decir que, para nosotros, el ser tendencioso es lo que hizo de Larra el genial escritor que fue. No hay más remedio que decirlo porque la crítica burguesa posterior ha hecho cuanto ha podido por ignorar o falsear esa circunstancia. Incluso un elemento de técnica editorial — la publicación de su obra dividida en materias separadas: artículos de costumbres, políticos y de crítica literaria — contribuye a que el lector medio — que es al que siempre nos referimos — lea sólo los artículos de costumbres de *Figaro*, que son los divertidos. La política, sobre todo la política de hace siglo y medio, a quién va a interesar. Pero, suponiendo que el lector se decida a leer esos artículos políticos, lo corriente es que se deje llevar por la mano de un conocedor de Larra, en cualquiera de las ediciones críticas y anotadas que existen. Por ejemplo, la de *Clásicos Castellanos*. Ediciones La LECTURA. Madrid, 1927; en este caso el especialista es Don José R. Lomba y Pedraja (1).

(1) En éste, como en otros casos, elegimos nuestro texto al azar. No sabemos quién es el crítico en cuestión. « Azar » quiere decir aquí el primero que encontramos a mano. Recordemos que la selección impremeditada, « al azar », del objeto de estudio es una de las condiciones de la investigación experimental. Por lo demás, la versión Lomba de Larra, una vez conocida, resulta completamente típica, propia del liberalismo intelectual, incluso aunque el sr. Lomba fuera carlista.

Entonces, en el **Prólogo** que encabeza el volumen de los **Artículos sociales y políticos**, al lado de atinadísimas observaciones sobre el estilo y demás elementos formales de esos artículos — pues, en cuanto a preparación técnica formal, nuestro crítico resulta irreprochable —, encontramos lo que vamos a exponer. No se puede negar que Larra fuera un escritor político. Incluso algunos de sus artículos, los de la serie **El pobrecito hablador**, «revelan brillantemente la precocidad y penetración de su juicio, que no ofuscan todavía las pasiones del partidario ni las ambiciones del hombre. (Subrayados, como en lo que sigue, nuestros. T. I.) Pero, después, sobre todo cuando se llega a los artículos en que Larra arremete contra el carlismo, Lomba escribe: «A la ingeniosa ironía reticente y discreta de **El pobrecito hablador**, sucedía la sátira virulenta y sañuda; a la ofensiva de alfilerazos y de picaduras de avispa, una lluvia de piedras y cieno» (1). Posteriormente, la crítica demoledora que Larra asestó contra los moderados de Martínez de la Rosa y Conde de Toreno, se califica ya con dureza; porque, si bien al principio adopta un tono «alegre y chancero», después, «con parecidos mofa y encono a aquellos en que solía burlarse de los carlistas, comienza a burlarse de los ministeriales». «Las impacencias todas del partido liberal y todas las prevenciones — y no hay que poner aparte las más vulgares, no las más injustas, ni las más deslumbradas — las vemos propugnadas en este tiempo en los artículos de **Figaro**». Nuestro lector, sin duda, al llegar aquí se estremecerá de horror, suponiendo qué se yo qué degollina o noche de cuchillos largos. Pero, poco después, se tranquiliza, al leer que una de esas «prevenciones», «vulgares, injustas y deslumbradas», la que se cita con detalle, consistía en la negativa liberal a pagar los empréstitos extranjeros concertados por Fernando VII. En este caso, al Sr. Lomba pueden aplicársele estas palabras de Marx (**Revolución en España**): «acaso piense nuestro autor que el privilegio de los contrarrevolucionarios consiste en contraer deudas, y el de las revoluciones en pagarlas». Otra prevención: «El, **Figaro**, tan progresivo, no tuvo sino palabras acervas, de detraición, para el establecimiento de la policía». Y Lomba sigue añorando: «Muy lejos se hallaba Larra en estos momentos de los tonos insinuantes y reflexivos de sus artículos de **El pobrecito hablador**». Luego llega Mendizabal y Larra, como todos los progresistas, se regocija. El regocijo duró poco: aquí entra el artículo que glosa y apoya el folleto de Espronceda, ya mencionado y en cuya importancia económica, política, no queremos ahora insistir. Lomba lo juzga así: «la voz de **Figaro** se alza ya agresiva, proclamando resueltamente el fracaso del Gabinete programista (el de Mendizabal)». ¿Por qué? Según nuestro crítico, porque Larra, entonces había decidido hacerse político, es decir: por ambición personal. Efectivamente, Larra se hace después diputado; pero los sargentos de la Granja, al sublevarse, le impiden llegar a las Cortes. Este hecho le hace renunciar — siempre según Lomba — a la política y amargarse hasta el punto de pegarse un tiro (2).

El lector, al llegar aquí, ya sabe a qué atenerse: un gran escritor comete la tontería de interesarse por la política, de ser revolucionario; de este modo, perjudica la calidad de su obra y cae en las más bajas pasiones; hasta que renuncia a la política y se muere a consecuencia de ella.

(1) Y añade Lomba: «No era la bella literatura precisamente la más gananciosa con el nuevo estilo». ¡Qué estúpido criterio estético que hace depender la calidad literaria de una obra de su aparente asepsia y neutralidad en cuestiones políticas! Incluso, cuando, como en este caso, esa asepsia y neutralidad, no sean voluntarias, sino determinadas por la mordaza de la censura. En esa «sátira», por desgracia, estamos todavía. Es uno de los obstáculos más formidables que se oponen al progreso cultural en nuestra patria.

(2) Hay mucho más en que no podemos olvidarnos: Según Lomba, Larra abominaba de la Constitución de 1812 (grave insatisfacción); sus críticas al militarismo prerolante se referían a los Sargentos La Granja, no, por ejemplo, a Elío, etc. Debe leerse la obra y su prólogo, que no tienen desperdicio, como ejercicio ideológico elemental.

Pero, de los artículos en cuestión, cualquiera que posea un ligero conocimiento de la historia de 1833 a 1836, aunque sea tan ligero como el que ha intentado ofrecer este trabajo, extrae conclusiones muy distintas. Ante todo, que la literatura que le gusta al Sr. Lomba es la literatura amordazada por la censura; los artículos de *El pobrecito hablador*, que le parecen tan bien a Lomba, fueron tan *suaves*, no por voluntad de Larra, sino como Lomba sabe y lo dice incluso en otro lugar del prólogo, porque no podían ser de otro modo — aún así murieron de cornada censorial — bajo el gobierno de Cea Bermúdez, la censura y hasta bajo el recuerdo, no tan lejano, de la horca absolutista. Cuando esa amenaza pasa, a la muerte de Fernando VII, el entusiasmo revolucionario de Larra brota lógica, consecuentemente; hoy, después de todo lo que ha llovido, sería ridículo calificar de extremistas esos artículos; si pecaron de algo, es de circunspectos. Y, así, en todo lo, demás. En cuanto a la oposición a Mendizabal, hay que leer el artículo sobre el folleto de Espronceda. Dice Larra:

« En una época como ésta, en que toda la dificultad para llevar adelante la regeneración del país consiste en interesar en ella a las masas populares, lo cual escasamente se puede conseguir sin hacerles comprender antes sus verdaderos intereses ... »

« Todos los españoles deben opinar, a pesar de la censura. El gobierno Mendizabal no ha cumplido sus promesas, no ha confirmado las esperanzas que suscitara. No se ataca al carlismo con suficiente energía, no se aplica la austeridad pública; no hay más que arbitrariedad y negligencia. La guerra carlista es; « efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad: hagánsele palpar las mejoras del sistema de que somos partidarios, vea él su bienestar en la causa que defendemos, y el pueblo será nuestro en todas partes ».

« Pero, ¿ cómo se quiere lograr este fin no viendo más termómetro del público bienestar que el alza o baja de los fondos en Bolsa, en cuyo conocimiento sólo se interesan veinte jugadores, y que el labrador no entiende, ni plegue al cielo que lo entienda nunca? ¿ Cómo se le quiere interesar trasladando los bienes nacionales, inmenso recurso para el Estado, de las manos muertas que los poseían, a manos de unos cuantos comerciantes, resultado inevitable de la manera de venderlos adoptada por el Ministerio? »

No hemos subrayado nada, porque había que subrayarlo íntegro. Como se ve, las razones de Larra eran algo más que la ambición personal por ser diputado. Eran, nada menos, que la razón de existencia de una tradición progresiva en el pensamiento nacional, de una revolución, de la esperanza en el porvenir de la patria: de todo lo que se hundió ahí, precisamente en ese momento. Eran, nada menos, que el latido trágico de Larra ante — hay que repetirlo hasta la saciedad — el acontecimiento decisivo de nuestra historia moderna: la desamortización. Pero de ese acontecimiento Lomba, como veremos, no tiene la menor idea o no le parece digno de reseñar.

La causa de toda esa interpretación inverosímil y absurda del Larra político, hay que buscarla en las concepciones políticas de Lomba. Para fundamentar históricamente sus juicios sobre Larra, el crítico nos ofrece su propia versión de los hechos acaecidos. Y leemos cosas como éstas: era la época de « el gran salto del régimen tradicional al moderno », Larra comprende « la falta de preparación en que se hallaba el pueblo en España para un régimen representativo y constitucional a la europea »; la situación del gobierno era « ingrata y difícil », por « el recuerdo

de los **excesos** (!) a que se habían entregado los liberales en el trienio del 20 al 23 y de la **anarquía** (!) en que terminaron » (Subrayados y admiraciones, como en lo que sigue, nuestros. T. I.) « El partido liberal fue arrancando una a una las **concesiones que ambicionaba**, y al fin, y cuando era ya bien de sobra, porque todo estaba logrado (¡en 1836!), allanó brutalmente el trono en el motín memorable de La Granja, que fue llamado de los sargentos ». El Sr. Lomba critica también a Martínez de la Rosa, pero como critican hoy los plumíferos franquistas al imperialismo, por no ser todo lo duro que ellos quisieran al reprimir a las fuerzas progresivas: le critica por no saber reprimir las matanzas de frailes o las insurrecciones progresistas. Al hablar de Mendizabal, Lomba relata minuciosamente la cuestión del voto de confianza, la discusión de la ley electoral, etc.; pero no dice ni una palabra de la ley desamortizadora, la cuestión fundamental, como sabemos, para comprender la postura de Larra. ¿Por qué? En el mejor de los casos, por una concepción idealista de la historia, que le impide valorar el elemento fundamental de la realidad; en el peor, por una omisión deliberada. Aunque, ¿quién sabe si Lomba estaría sometido también a la censura de su época, en 1929? Porque a la hora de estudiar el pensamiento burgués uno no sabe muy bien dónde buscar la causa de sus falsificaciones: si en el Idealismo, en la censura permanente, en la autocensura posibilista, en el compañerismo hacia algún colega, en su interés económico privado ... Así, todo Lomba.

Cuando se lee a Larra, en una edición que sigue el orden cronológico en que fueron escritos sus artículos, y cuando se conoce la historia por otras fuentes que las del Sr. Lomba, se empieza a comprender lo que perdimos al perder, no sólo a Larra, sino a sus posibles continuadores, por culpa de la seudorrevolución liberal. Porque, aun muerto Larra, de amor o de tristeza patriótica, ¿cómo nadie siguió sus huellas gloriosas entre tanto escritor como proliferó a partir de 1840? No, no es sólo su muerte: es que, además, alguien, la oligarquía, secciona, estrangula esa vía de desarrollo cultural.

¿Qué vía? La de una literatura original, vigorosa, profundamente enraizada en los problemas nacionales, capaz de llegar a todo nuestro pueblo — con tal que supiera leer — y de contribuir a formar una verdadera conciencia nacional. Esa literatura está en embrión en los artículos de costumbres y en los políticos. El artículo fue para Larra, como las novelas filosóficas cortas y punzantes de Voltaire, al que Larra conocía muy bien, un arma ideológica, apropiada a las condiciones en que había que luchar entonces. Pero, como todo el mundo sabe, en esos artículos, y en los menos cargados de contenido ideológico consciente de Mesonero Romanos y otros, se encuentra el germen de lo que luego sería la novela de costumbres de **Fernán Caballero**, Antonio Trueba, etc.; novela de costumbres que, de haber sido desarrollada por el mismo Larra o por sus continuadores, hubiera desembocado en un realismo crítico incomparablemente superior a la novela realista que vino después. Porque, en nuestra opinión, Larra crea el realismo crítico español; el realismo tendencioso, el que aspira, no a retratar la realidad estática, sino a transformar esa realidad mediante la crítica profunda de sus raíces determinantes. Se ha gastado mucha tinta hablando del « neoclasicismo » de Larra y de su conversión al romanticismo. El romanticismo, oia inevitable de la época, a la vez que ataca desde posiciones reaccionarias el materialismo del siglo XVIII, destruye, sin proponerselo, todo lo que ese materialismo tenía de dogmático, de formalista, realizando así una función involuntariamente revolucionaria. La nueva forma de expresión romántica, el despliegue de todas las energías del individuo, la pasión, el humanismo, todo lo positivo que aportó el romanti-

cismo, fue aprovechado en seguida por las mentalidades avanzadas de la época, en un sentido progresivo, racional: Heine, Victor Hugo, Byron. Pero Larra llega a más: sus artículos, concentrados hasta donde es posible llegar, llenos de sugerencias, pueden convertirse, desarrollados, en estupendas novelas realistas críticas de avanzada, obras combativas que hubieran cambiado de signo la novela española. ¿De **Macías**, de **El doncel de don Enrique el Doliente**, concesiones de Larra a la moda imperante, quién se acuerda ya? En cambio, sus artículos están ahí, con toda la frescura con que fueron escritos, tan vivos como ayer.

Así, Larra, materialista (« Aquel entra el confesar que soy un si es no es materialista, si no tanto que no pueda pasar entre las gentes del día, lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta (la Inquisición. T. I.) que murió de hecho ha catorce años... »), español hasta el tuétano, revolucionario, prosista genial, escritor tendencioso, fue otra víctima de la traición burguesa a los intereses de España; además de interrumpir esa posible vía de desarrollo cultural, la reacción ha tratado después de aguar, de falsificar la obra del que hubiera podido ser un Balzac español, pero un Balzac revolucionario; y, si no ha conseguido borrarle de la historia, ha sido porque su grandeza es descomunal.

Espronceda — Todo lo dicho para Larra, puede aplicarse, en poesía, a Espronceda. El poeta del destierro, de las barricadas de la revolución francesa de 1830, afiliado al partido **progresista**, es el lírico más intenso y más apasionado del romanticismo español. Es ya un poeta « social », como se dice ahora: léanse sus poemas **El verdugo**, **El mendigo**, **El reo de muerte**, por ejemplo. Ese poeta, que además de talento e inspiración poseía una conciencia capaz de comprender con claridad a Flórez Estrada y el problema de la desamortización, hubiera podido cantar a los tejedores catalanes revolucionarios, como Heine cantó a los tejedores alemanes. Y la poesía española, además de la línea formalista, apolítica, marcada por un Becquer, por ejemplo, se hubiera desarrollado por otra línea combativa, popular, al servicio de todos los españoles.

Nos hemos limitado a estos nombres, (1) más que nada, para recalcar las enormes posibilidades que se abrieron entonces en nuestra patria y que fueron cegadas por la seudorrevolución liberal, por la oligarquía feudal-burguesa de la España contemporánea. Porque, después de Flórez Estrada, Larra, Espronceda, ¿qué pasa? Nos lo dice Fernando Garrido en su obra, tantas veces citada porque es el documento contemporáneo de la quiebra de la ideología liberal, elaborado por la ideología que dialécticamente la sustituye:

« Con la muerte de Fernando VII coincidió la importación del francés romanticismo, que bajo la libertad de formas halagüeñas para la juventud, infiltraba el veneno de rancias ideas, restaurando la Edad media y sus horrores...; y, cosa rara, fue la juventud liberal, los poetas de la nueva generación que combatía a don Carlos y a su teocracia, y que destruía los conventos, los que ensalzaban el castillo feudal y se extasiaban describiendo y poetizando las escenas de aquella edad de barbarie... Los poetas de la libertad hicieron la apología del fatalismo, y para un drama de tendencias anti-teocráticas y verdaderamente revolucionario como **Carlos II el Hechizado**, produjeron diez como **Macías**, **D. Alvaro** o **la fuerza del sino**, **el Rey Monje**, **el Trovador** y **Don Juan Tenorio**.

« Cuando España renacía a la libertad, la esperanza había muerto en el corazón de sus poetas, cantores de desesperación y de muerte, y los románticos libe-

(1) Hay otros, menos conocidos, claro.

rales que como Larra no se suicidaban, concluían por hacerse escépticos o neocatólicos, como Roca de Togores, el duque de Rivas, Gil y Zárate y otros ... « Los principios filosóficos, esencia y alma de la literatura como de la política, brillaron por su ausencia de la manera más lastimosa en las luchas de clásicos y románticos, de moderados y progresistas. Ni unas ni otras tenían principios filosóficos positivos; todos eran utilitarios (1), y cuando más formalistas; el arte para el arte era su dogma, y de aquí el que no hayan sabido crear nada sólido y estable, solemne, grandioso y de porvenir, ni en la literatura, ni en el arte, ni en la política; y que a pesar de sus triunfos materiales sobre la teocracia católica en 1836, 40 y 54, los vencidos hayan reconquistado sin lucha aparente lo que perdieron ... produciendo a Balmes y a Donoso Cortés en la esfera filosófica, y en la literaria a Fernán Caballero, a Selgas, a Trueba, Egullaz y toda una legión de restauradores del fanatismo religioso de otros siglos ... Desde el romanticismo de nuestros poetas liberales al neocatolicismo no había más que un paso, y casi todos lo han dado ... dentro del orden de ideas y de la filosofía doctrinaria y ecléctica de las monarquías constitucionales, la literatura no ha producido nada grande en el teatro, ni en la poesía, ni en la novela ... En cambio de su esterilidad de ideas, el rasgo característico del movimiento literario de 1833 fue la fecundidad ... ».

« Con la guerra civil de los siete años pudo darse por terminada la lucha entre clásicos y románticos. La reacción doctrinaria y neocatólica de 1843 amalgamó y confundió a unos y otros. Zorrilla tuvo para ella poemas a la Virgen, y el gobierno para Zorrilla cruces de Carlos III. Gil y Zárate repudió a su mejor hijo **Carlos II el Hechizado**, y también tuvo cruces y la Dirección de instrucción pública. Miguel Agustín Príncipe se hizo devoto, y fue fiscal de no recordamos qué tribunal. Rodríguez Rubí paso de la redacción del **Clamor Público** al neocatolicismo y a la burocracia. Felizmente para él, Espronceda había muerto el año 1842 ... (Lo que muere es una posibilidad social, no tal o cual individuo. T. I.) García Gutiérrez, los Asquerinos y algún otro que quedaron fieles a la tradición progresista, encadenados por el dualismo de las doctrinas de su partido no pudieron producir más que obras mediocres, descoloridas y sin vida ».

« En la literatura política, si los progresistas no dieron señales de vida, en cambio no faltó facundia a los moderados, Toreno escribió la **Historia de la guerra de la Independencia**, Tapia **La Civilización española**, y Martínez de la Rosa **El espíritu del siglo**; pero en definitiva todas estas obras de la misma procedencia pueden resumirse en esta frase: « La unidad católica es un gran bien, y sus ventajas son superiores a sus inconvenientes ».

« ¿ Pero qué tiene esto de extraño, cuando una docena de años después que estos escritores con pretensiones de filósofos y de hombres de su siglo preparaban el advenimiento del neocatolicismo, el tráfuga Lafuente hacia otro tanto en su **Historia general de España** ... »

« ... la censura, de la que constantemente estuvo apoderada la reacción, cerró hace tiempo las puertas de la escena a las ideas de progreso ... La censura de teatros un momento levantada por la revolución de 1854, fue restablecida por los mismos progresistas, y los neocatólicos, que no tardaron en ser dueños de ella, sólo a sus ideas dejaron la puerta franca » ... García Gutiérrez, que nada tiene de socialista, ha tropezado con ella: muchos no han pasado más que viendo

(1) Observase el sentido de « utilitario » de la época. Hoy se llama « arte y literatura utilitaria », por ejemplo, al « arte y literatura » con contenido ideológico consciente » Entonces, más justamente, « al arte y literatura que se vendían al mejor postor ».

sus obras mutiladas; a no pocos les han dado con las puertas en las narices, y algunos conocemos que seguros de que no se les abriría, han renunciado a llamar ... la negra sombra del fiscal de teatros alzándose ante ellos debe apagar en su mente el fuego de la inspiración ...»

En las novelas:

«Ni en tendencias políticas, filosóficas, sociales, se ve en ellas el menor átomo, la más pequeña chispa de luz; y si brilla algún pensamiento que no sea expresión del más desconsolador escepticismo, es reaccionario y neocatólico. ¿Qué debía esperarse de los conservadores si esto hacían los que por revolucionarios pasaban?»

Es en ese clima general, de derrotismo ideológico, censura, soborno del pensamiento y predominio de las ideas reaccionarias donde aparece el liberalismo intelectual.

Don Rafael María de Labra nos describe la aparición de esa ideología en su Memoria del Ateneo de Madrid (**Estudios de Derecho Público**) págs. 566/596. Madrid. 1907)

Labra simultanea la historia del Ateneo con la historia política que ya conocemos:

«Este período (de 1836 a 1854) se caracteriza también de otro modo. Los elementos que privan en el Ateneo, los que llegaron a dominarle ... fueron los elementos conservadores, enamorados del doctrinarismo y el eclecticismo ... Coadyuvó a esta acción la retirada de los elementos avanzados, que abandonaron ... los grandes centros de influencia intelectual y política para consagrarse a la revolución, y sobre todo (en la práctica) a la conspiración»

«En este tercer período, de unos quince años (del 54 al 68) se caracteriza por el impulso que el Ateneo recibe de los elementos expansivos y avanzados, los cuales rectifican la dirección del período anterior, restableciendo la viveza del período primero en todas las manifestaciones de la vida social ... trayendo a las discusiones y a los programas de las cátedras todos los problemas filosóficos, políticos y sociales contemporáneos de mayor novedad y preparando la nueva educación de las altas clases de la Sociedad Española, y la identificación de nuestro País con el espíritu, las tendencias y los compromisos del resto del Mundo, frente al cual aparecía España como una excepción triste y perturbadora».

«Tal vez éste haya sido, hasta ahora, el período de mayor animación y prestigio del Ateneo de Madrid. En él consiguió el título de la **Holanda de España**, por la absoluta libertad con que en sus cátedras y sus salones se abordaron y trataron todos los problemas morales, políticos, económicos y sociales ...» Y Labra, ingenuamente, añade: «a pesar de que las leyes y los reglamentos mantenían la rigurosa intolerancia religiosa, la previa censura de la imprenta, la negación del derecho de reunión y la indiscutibilidad del régimen monárquico. En este período se verifica, con escándalo y protesta de toda Europa y de los Gobiernos de ésta, la persecución y prisión de Matamoros por motivos religiosos. Pero esto contrastaba con la libertad interior del Ateneo».

He aquí algunos de los nombres de los ateneístas de la época, que proporciona Labra: Colmeiro, Nicolás María Rivero, Echegaray, Castelar, Canalejas (D. Francisco de P.), Valera, Moret, Sagasta, Silvela, Martínez de la Rosa, Río Rosas, Olózaga, Salmerón, Cánovas; todos esos intelectuales fueron políticos, gobernantes, la mayoría abogados: el liberalismo intelectual, como su hermano gemelo el krausismo, se forjó utilizando, principalmente, una rama secundaria de la filosofía, la filosofía del derecho.

La mayor concurrencia de los salones del Ateneo se encontraba «en la Sección de Ciencias morales y políticas, donde en esta época hicieron su brillante aparición la democracia, el individualismo economista y el krausismo».

«También es de advertir que a pesar de la nota singular que al Ateneo dio en esta época, la propaganda radical, en todos los órdenes . . . el Ateneo no se convirtió, como en 1841 a 1852, en un centro exclusivo y que al brillo del Instituto concurren en este tercer período de su vida, las escuelas más encontradas y las personalidades más opuestas, manteniéndose todos a una gran altura, rivalizando en cortesía y buen deseo y dando al Ateneo la representación verdaderamente superior de un gran Centro de cultura y tolerancia».

«Aquello era un mundo en formación; una tempestad de ideas; un diluvio de críticas, de protestas, de afirmaciones, de deseos, de perspectivas, de cambios y transformaciones . . . Si aquí no se realizaran tantas injusticias, yo no me explicaría como en una plaza de esta vibrante villa no se haya levantado una estatua al general O'Donnell con esta inscripción en letras de oro: «¡La democracia agradecida!»



¿Cuál es el significado de ese liberalismo intelectual? Marx y Engels, en **La Ideología Alemana**, escriben: «La división del trabajo se manifiesta también en la clase dominante como división entre el trabajo intelectual y el trabajo material, de tal manera que tendremos dos categorías de individuos en el interior de esa misma clase. Unos serán los pensadores de la clase, los ideólogos activos, capaces de elevarse hasta la teoría, que extraen su sustancia principal elaborando la ilusión que la clase se hace sobre sí misma; mientras que los otros tendrán una actitud más pasiva, más receptiva frente a esos pensamientos y esas ilusiones, porque son los miembros realmente activos de la clase y tienen menos tiempo para hacerse ilusiones e ideas sobre sus propias personas. En el interior de esa clase, esta escisión puede llegar, incluso, a constituir cierta oposición y cierta hostilidad entre las dos partes en presencia» (Subrayados de T. I.)

Mientras que los «miembros realmente activos» de la clase dominante, la oligarquía central, negocian y gobiernan, los miembros intelectuales de esa clase, o los intelectuales que económicamente dependen de ella, elaboran la Ideología que va a ser la dominante durante muchos años; aunque, a veces, «cierta oposición y cierta hostilidad entre las dos partes», y también la contradicción entre esos intelectuales y la Iglesia, den a esa ideología la apariencia de un pensamiento «puro», «neutral», «Independiente» de la lucha económica, política e ideológica entre las clases.

Esa ideología ha de reflejar la realidad de la sociedad española, pero en forma de «ilusión», conciliando subjetivamente, es decir, falsamente, todas las contradicciones objetivas. Esa ilusión que la clase se hace sobre sí misma adopta la forma que adopta, por las peculiaridades nacionales y también por los materiales ideológicos que los liberales intelectuales tienen a su disposición en ese momento y, entre ellos, como fundamental, cierta espuma — sólo espuma, que conste — de la filosofía idealista alemana.

En 1868 se puede hacer balance: ¿a qué aspiraban los liberales y qué han conseguido? Aspiraban a una sociedad más justa, y han conseguido establecer una sociedad más injusta, con más desigualdades económicas que las que encontraron; aspiraban a una sociedad democrática y han conseguido establecer

una dictadura oligárquica, disfrazada de parlamentarismo, sostenida por la Guardia Civil; aspiraban a dar rienda suelta a la libertad de pensamiento y han conseguido la censura; aspiraban a las «luces» y el 80% del país es analfabeto, etc. Todo esto lo saben los braceros del campo, los obreros de las ciudades, los pequeños campesinos, los industriales, los comerciantes, los militares, los sacerdotes, los grandes banqueros, los terratenientes: todos los que tienen algo que ver con la producción social o con las contradicciones reales y concretas. Sólo los intelectuales parecen no haberse enterado — como demuestran las citas de Labra; algunos-clínicos- fingen no haberse enterado; otros — benditos de Dios — es que realmente no se han enterado. Pues la realidad inmediata que viven esos intelectuales es la que Baeza dibuja en su artículo de INDICE: «Lentamente iban penetrando a la sazón en la Península las mejores destilaciones del pensamiento europeo. Podía percibirse, tanto en el libro como en la cátedra, un notable progreso; el nacimiento de un sentido autocrítico y pedagógico. Por primera vez en la historia del país, el intelectual comenzaba a tener auténtica importancia, a gravitar en los medios sociales y políticos ...» Todo esto, que es real — menos que las «destilaciones» fueran las «mejores» — significa, después de todo lo expuesto, que la capa intelectual burguesa, obligada a depender de la oligarquía por las condiciones económicas y políticas de la nueva sociedad, ha de cumplir su función: la elaboración de la nueva ideología correspondiente a esa sociedad. Esa nueva ideología no puede ser ya el viejo liberalismo «superado»; tampoco puede ser la glorificación pura y simple del nuevo estado de cosas que, con su Iglesia retrógrada, su censura, su sordidez de nuevos ricos y su corrupción y analfabetismo, resulta Incomodo a los intelectuales, ¿Qué hacer? Al final, se sigue la ley del mínimo esfuerzo: se vuelve la espalda a la realidad económica, social y política del país; se forja un mundo aparte, intelectual, cerrado y, dentro de él, con la ayuda de otras ideologías importadas muy útiles para el caso, se crea una especie de religión laica: el liberalismo intelectual, el liberalismo que, desde ese período, llega hasta hoy, hasta Marañón y muchos de los neoliberales de nuestro tiempo. En ese mundo ideado, ilusorio, hay libertad, hay igualdad — dentro, claro está de una jerarquía mutuamente aceptada, especie de escalafón del pensamiento —, hay fraternidad y comprensión, civismo y todo lo demás.

El mayor inconveniente de ese mundo es que resulta reducidísimo: cabe en una casa, en la «Docta Casa» del Ateneo de Madrid, como hemos visto. Otro inconveniente es que, en torno a él, el mundo real, sometido a contradicciones cada vez más enconadas, se agita, se queja, perturba la paz y el sosiego del ámbito donde crece el liberalismo intelectual.



Casi no es necesario resumir las características generales de ese liberalismo intelectual, pues, a lo largo de este trabajo, hemos dado repetidos ejemplos prácticos de sus manifestaciones, y el lector habrá sacado ya esas características. Sólo diremos, a manera, de síntesis, lo siguiente.

1) El problema de si es nacional o no ha sido «superado». El liberalismo intelectual es una ideología cosmopolita. Está abierta a todas las corrientes ideológicas, siempre que procedan de pensadores burgueses y pequeños burgueses. La lista de esas influencias extranjeras sería interminable. Al principio son Ahrens, Krause, otros epígonos de Kant y Hegel ...; hoy parece ser Camus.

2) Su base teórica no existe. Estas palabras de Marañón (**Visita a Marañón.** — Jorge Mañach. INSULA. Núms. 164/165) hubieran podido servir para cualquier liberal intelectual: «No están regidas (mis ideas filosóficas) por ninguna doctrina filosófica. Amo la filosofía; pero yo tengo la mía propia, muy humilde, pero mía, rectorada por sentimientos y creencias, más bien que por conceptos». Al principio esa base filosófica es aportada por la filosofía alemana, por los pensadores que Marx y Engels llaman, en **La Ideología Alemana**, «los industriales de la filosofía», que vivían de la «descomposición del espíritu absoluto» de Hegel; en esa misma obra, Marx y Engels dan cuenta del carácter superidealista de la Ideología alemana de 1800 a 1850: mientras que franceses e ingleses, por esa época escriben historias de la sociedad burguesa, del comercio y de la industria; mientras que franceses e ingleses se atienen, por lo menos, para interpretar la historia, a la ilusión política, que está aún bastante próxima a la realidad, los alemanes se mueven en el dominio del **Espíritu puro** y hacen de la ilusión religiosa la fuerza motriz de la historia. Ese idealismo es el vehículo por donde penetran en España el krausismo y, después, el vitalismo, el existencialismo, etc. Cuando esas filosofías pasan de moda, los liberales intelectuales se refugian en sus sentimientos y creencias, hasta que aparece una nueva panacea universal.

3) Está completamente divorciado de la realidad nacional. En primer lugar, porque en sus orígenes a esta ideología no le interesó el ocuparse de ella, sino, al revés, el volverla la espalda. Luego, porque su instrumental teórico — Idealista, metafísico — le incapacita para el estudio de esa realidad, cuando quiere acercarse a ella. Pero, por ello, no renuncia a interpretar y reinterpretar todos y cada uno de los problemas nacionales; y, admirado de que nuestro pueblo no se ajuste a sus esquemas abstractos, maldice de él y suspira por tener otro pueblo — el francés, el inglés, el alemán — a quien adoctrinar.

4) Es completamente reaccionario. Algunas veces, su oposición a la Ideología oscurantista de la Iglesia, le da cierto aire progresivo; pero su anticlericalismo es vergonzante, como el de cualquier secta clerical heterodoxa: refleja su impotencia para encontrar una religión que le permitiese santificar el orden burgués, sobre todo la propiedad burguesa, pero conservando su libertad de pensamiento frente al Índice, la censura y el yugo episcopal. Es una ideología minoritaria, casi de casta (1). Aparenta estar situada por encima de las clases y los partidos; pero a la hora de juzgar, por ejemplo, entre la reacción y la revolución, carga la mano contra ésta, porque la reacción que está en el poder no le permitiría la ecuanimidad.

(1) Prácticamente, sólo sirve para la esca intelectual. A la inmensa mayoría del pueblo no le sirve para nada. Y la oligarquía, gran burguesía, etc. utiliza preferentemente el catolicismo profesional, menos ríspido y más cómodo para el liberalismo intelectual, como arma ideológica de clase. Pero las clases dominantes mantienen al liberalismo intelectual como ideología de segunda línea, de reserva, para cuando vienen mal dados, aparte del uso pacaminoes y esotéricas que hacen de él de vez en cuando el resultado elegante y está de moda esa ideología como espectáculo cultural.